

SE PUBLICA LOS JUEVES
VEINTE CÉNTIMOS

Los Apuntes

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
ALCALÁ, 127, PRAL.

DIRECTOR: ENRIQUE LÓPEZ MARÍN

AÑO I

Madrid, 6 de Septiembre de 1894.

NÚM. 9



Esta es la *Ojitos*, una horchatera
que es un encanto,
¡y tiene amores con un... cualquiera!
¡Yo que la hubiera querido tanto!

CHARIVARI

¡Volverán las obscuras golondrinas!—La vida del campo.—«Guerrita».—El telégrafo.—El último infundio.
Gedeón en puerta.—Colmos.

COMIENZA el regreso de las familias veraniegas. Ya han llegado las de Cipriáñez, las de Bengález, las de Cibuérniga y otras ilustres niñas que han estado en Navalacerda, en Pómez, en Matlapuerca y otros pintorescos puertos de la costa.

Ayer me encontré al padre de las de Cipriáñez; que viene satisfechísimo de la temporada, hasta el punto de que un reuma, que cogió en la oficina, le ha venido tan á menos, que ya no le molesta, y es que el pueblo le ha *pintado* mucho, tanto que se siente capaz de ir á Rusia á ver las escenas del lago Ladoga,—la mitología en una palancana—que es el colmo del buen humor y es que la vida del campo *limpia, fija y etc.*

Ya lo dijo Fray Luis de León:

¡Qué descansada vida!

No hay nada como el campo.

Levantarse temprano, irse al corral, ver á las gallinas y á los cerdos, visitar luego al hijo del boticario, echar un tute con los de la localidad, acostarse á las ocho, y al día siguiente los mismos encantos; ¡oh!, qué poesía...

La vida en el campo es una noria, como diría un sabio profundo, á punto de entrar en cualquiera Academia.

Guerrita ha decidido—por lo menos hasta el día de hoy—seguir toreando. La noticia ha causado tal sensación, que la Bolsa ha subido dos enteros.

Con este motivo ha recibido *Guerrita* los siguientes telegramas, que patentizan el júbilo que ha producido en el mundo su determinación:

San Petersburgo. (Recibido con algún retraso por el mal estado de las líneas).—Si usted se hubiera retirado del toreo, yo indudablemente me hubiera hecho *nihilista*.

Recuerdos del príncipe.

El Czar de Rusia.

Roma.—¡*Tutti contenti!*!

Crispi.

París.—¡Ele hay los hombres!

Albareda.

San Sebastián.—¿No volverá usted al *Venadito*? ¿eh?

Pasquín.

Pekín.—¿Quiere usted *aguantar* á los japoneses?

Un mandarín destituido.

Canterets.—Ni los atletas del circo romano, ni los nobles patricios de la ciudad de Rómulo que tomaban parte en los juegos olímpicos del anfiteatro, ni los mártires condenados por el César á la lucha con las fieras africanas, ni los toreros de la Edad media, ni la

cruzada de Godofredo de Bullón, contra la media luna, despiertan ¡ay! los entusiasmos que usted, nuevo Abderramán del toreo.

Emilio Castelar.

Y... no va más.

* *

No cabe duda que América para los americanos, y... para los infundios de *fin de siglo*.

Oído á la caja:

Los americanos siempre prácticos, han hallado el medio de evangelizar el vapor (!) y uno de sus obispos, (no del vapor) el de Dokota, ha tenido la felicísima idea de construir una capilla protestante, montada sobre ejes y rails. Y así como hay *sleeping-car* y *dinning-car*, gracias al obispo americano tenemos *capilling-car*, mejor dicho *Katedral-car* como dice con cierta solemnidad el obispo. Me parece que ya no cabe más.

Este es como se dice en las barracas de la feria, *el último esfuerzo del ingenio humano*.

¡Quien sabe si detrás de la creación de los vagones religiosos, vendrá la de vagones electorales, vagones cómicos, líricos, etc.

Por que de estos americanos hay que esperarlo todo.

* *

Gedeón se detiene delante de un tejatillo y lee:

«Ladrillos refractarios.»

Gedeón hace un gesto y exclama.

—¡Ya sé lo que quiere decir! ¡Ladrillos contra su voluntad!



VENUS Y NARCISO

Gedeón asiste á una visita de pésame. La viuda está inconsolable. Gedeón se adelanta con cierta solemnidad.

Y la dice:

¡Bien sabe Dios que tengo un verdadero placer en acompañar á usted en el sentimiento!

* *

Colmos:

El de un albañil: revocar una orden.

El de la pereza: no ir en diligencia.

El de un vago: no escribir en papel de *oficio*.

El de la actividad: morir de repente.

El de un japonés: escribir con tinta china.

* *

A la hora de terminar esta crónica, no sé una palabra de la *Nautilus*.

¿Pero esos corresponsales qué hacen?

JORGE FLORIDOR



LECCION DE MAESTRO

(CUENTO VIEJO)

SE celebró en Santander una boda principal y el maestro municipal fué convidado á comer. El pobre, llegó al festejo llevando por toda gala sobre una levita mala, un gabán, raído y viejo. Los esposos evitaron *deslucir* la reunión, y en el último rincón de la mesa lo sentaron. Pero, haciéndose el prudente, ó pasándose de tuno, no dió á esto, valor alguno... y comió tranquilamente.

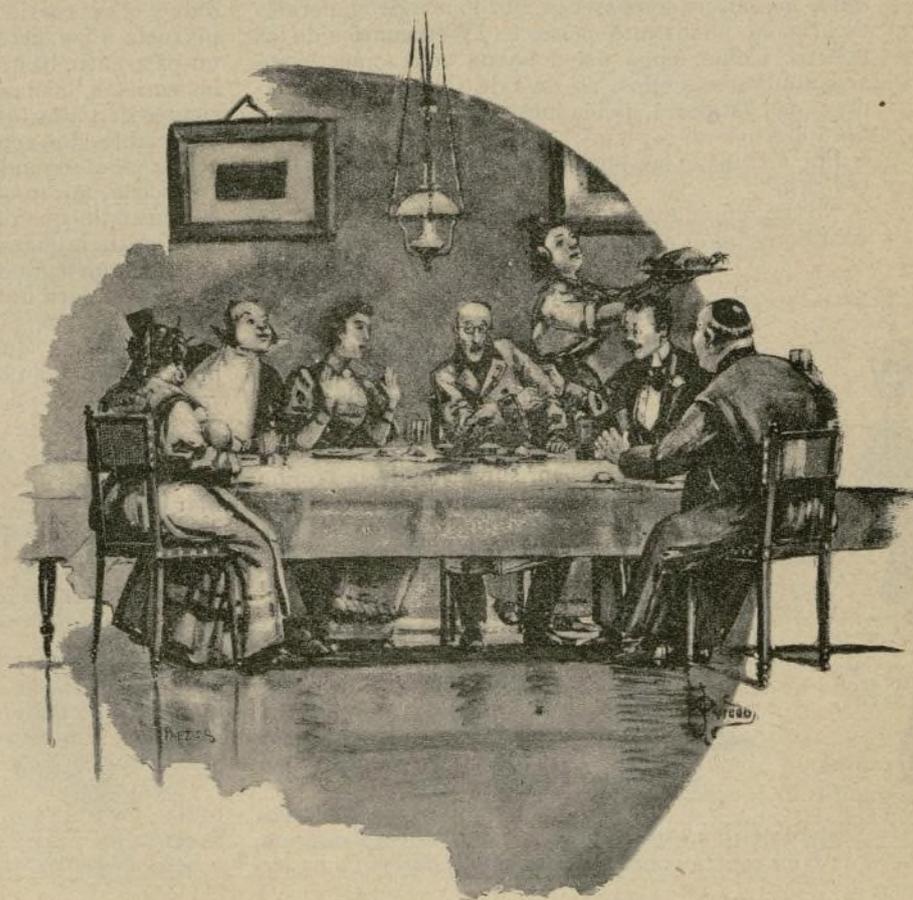
**

Mas, nueve meses después nació un niño; y nueva escuela recibió el maestro de escuela con invitación cortés. Pero entonces fué arreglado con un *paletó* flamante que algún amigo galante le había, quizás, prestado. Y al ver aquella presencia los esposos le admiraron y en la mesa le otorgaron el sitio de preferencia. Él, mientras todos comían, metía con raro afán las mangas de su gaban en las salsas que servían, y los demás admirados, como es fácil suponer, de aquel sacar y meter las mangas en los guisados le preguntaron:—¿Qué hacéis?
—«Hago... lo que hacer debía.
—«Pero, ¿por qué esa manía?

—«Ahora, la causa, sabréis:
»Cuando vine convidado
»por primera vez aquí
»nadie hizo caso de mí
»¡traía un gabán usado!
»Hoy, que al volver traigo puesto
»rico gabán de primera
»siéntanme en la cabecera
»de la mesa y juzgo de esto,

»que siendo el mismo hoy que ayer,
»y otros, vuestros ademanes
»lo que alcanzan mis gabanes
»yo no lo pude obtener,
»y pues este mereció
»el sitio en que estoy sentado,
»no hay duda, aquí el convidado
»es mi gabán y no yo.»

ENRIQUE LÓPEZ MARÍN



EL PORTERO DEL ESCENARIO Y LOS CELADORES

EL día en que se declare vacante la portería del averno, por enfermedad ó muerte del *Cerbero* estoy seguro de que la cubre Plutón con un portero de escenario.

¡Y ya lo creo que irá bien servido! Como que el portero del escenario es un Can-Cerbero, á quien no le falta más que saber hablar, digo ladrar.

De la respetable clase de acomodadores procede el portero que nos ocupa. Durante la última temporada, el jefe de ellos observó quienes reunían más condiciones de entereza y malos modos y en la temporada actual ha destinado tres de los más *enérgicos* para el servicio de bastidores y portería del escenario.

Lo primero que han hecho los agraciados con estos puestos de confianza, ha sido añadir un galón de oro á las gorras con dos iniciales metálicas del teatro, que lucían respectivamente el año anterior, haciendo el servicio de butacas.

Los celadores de bastidores no pensaron en una categoría mayor que la representada por los tres galones.

El portero estuvo decidido á ponerse un entorchado, pero su mujer, con buen acuerdo, se lo quitó de la cabeza, á pesar de haberle yo indicado al *Cerbero* incipiente, que al entorchado debía añadir un fajín.

Lo de adornarse con profusión de esterilla de oro, en cuanto lo nombran á uno cualquier cosa, es muy español. Entra usted en una estación de ferrocarril y todos los empleados parecen, por lo menos, generales de brigada. Otro tanto ocurre en los escenarios de los teatros. Como tenga usted buena educación, hasta acostumbrarse á ellos, no deja de saludar á los celadores de bastidores, diciéndole respetuosamente «Santas y buenas mi capitán».

Por fortuna á las pocas noches ya no le hace usted caso.

No hay oficio más descansado que el de celador de bastidores, si el portero del escenario cumple con su obligación, que es la de no dejar entrar á nadie absolutamente en el recinto interno del templo del arte. Si tal sucede el pobre celador no tiene que haberse las más que con algún individuo del género femenino, por supuesto, de la familia de la tiple ó con la madre de alguna corista. Las madres son la desesperación de los empleados de bastidores.

Empéñanse ellas en que han de ver la función *desde cajas*, sacando á escena, para que la vea el público, más de medio cuerpo y los celadores se empeñan en todo lo contrario.

Nace de ello una bronca y celébrase una especie de juicio oral, ante la empresa que falla contra conciencia, en favor de la madre de

la tiple, multando al celador por desacato á la señora que tuvo en sus entrañas á aquel ruiñeñor que da tanto dinero.

La madre de la tiple, generalmente no abusa de este triunfo moral y fuera de las noches de estreno, suele quedarse en el cuarto de su hija durante toda la función.

La madre ó la hermana de la corista es impenitente, la echa usted de *esta caja* y surge de la otra. Cuando supone usted que *la ha robado á vistas un tiro*, aparece como *por escotillón*, á cuatro pasos de distancia del punto que usted ocupa.

Estas mujeres forman la desesperación de los celadores que poco á poco, ya porque la música amansa á las fieras, y lo prueba el hecho de ver á estos funcionarios embobarse oyendo un coro de mallas, ó ya porque *el hombre es débil*, acaban por transigir y cargar con las toquillas de las coristas, durante el tiempo que éstas se hallan en escena.

¡Qué envilecimiento de los galones!

Aquella fiera que rugía poderosa degenera en modesto clavo de percha del que cualquiera tiple acumulada cuelga una toquilla.

La grandeza del arte únicamente es capaz de producir tamañas transformaciones.

El portero á cuya discreción confió el director de escena, el número y la calidad de las personas que *podían pasar* al escenario, ha abierto la mano sin medida y el escenario se ha convertido en una especie de plazuela á las siete de la mañana. No se puede dar un paso entre bastidores; confúndense los *amateurs* con las coristas, las madres, las tías, y la infinidad de parientes de todos los grados que poseen estas artistas apreciables; los actores llegan tarde á sus salidas, desesperase el segundo apunte, los artistas que se hallan en escena, miran airados hacia los bastidores porque el murmullo que de ellos parte ahoga la representación; cruza la masa compacta que entre bastidores se agita, algún camarero, llevando en una bandeja un chocolate, para una corista infaliblemente, y un *bistec con muchas patatas*, infaliblemente para su mamá, que todo esto y mucho más acontece en los teatros por horas, y la confusión, el ruido y la falta de respeto artístico, llegando á su colmo, obligan al director á hacer imprimir y fijar en puntos muy visibles unos cartelillos que dicen de esta manera:

Se prohíbe terminantemente la entrada en el escenario.

Y el director, encarándose con el portero le dice, blasfemando inconscientemente, lo cual es vulgar entre católicos «Aquí, desde hoy, no entra ni Dios.»

Como si Dios no estuviera en todas partes, según afirma la doctrina ó le hiciera falta á Su Divina Majestad el *permiso del portero*, para colarse donde quisiera.



Oye nuestro hombre la frase con estupor, y suizo por temperamento, resuelve cumplirla ciegamente.

Justicia de enero.

Durante los tres ó cuatro días que siguen al en que se ha dado la orden no se oye en el escenario el ruido de una mosca.

Ha dicho un gran filósofo que tener talento es difícil, pero mucho más difícil aún tener discreción.

—¿Pero por qué no me ha consultado usted?

—Porque no tenía dudas sobre si debía ó no debía echarle. ¿Nos pega? Pues á la calle. Ahora sí que se me ocurre una duda. Ahí está esperando un caballero mi resolución. Él dice que puede entrar á ver en su cuarto á una actriz y que puede entrar por ser quien es... Yo le he dicho, que como este es un teatro lírico y no de verso, me parece que no puede entrar.



El portero que antes pecó por tolerante peca ahora por intransigente. Su falta de discreción, por un camino ó por otro lo lleva siempre al precipicio. No conoce á las personas que por derecho propio tienen acceso á todos los escenarios. Me refiero á críticos y autores dramáticos, los cuales conocedores del terreno que pisan, saben estar entre bastidores, sin servir de estorbo ni un segundo.

Más que nada probará el siguiente diálogo lo que son nuestros porteros de escenario.

— Cuando tenga usted dudas acerca de si tal ó cual persona debe entrar en el escenario, consúlteme usted el caso y yo decidiré, le dije á mi último portero.

— Está bien.

A la hora de hecha la recomendación entró el portero en mi cuarto á decirme: «Acabo de echar á la calle á uno de esos que *atizan* en los periódicos.»

— ¿A quién?

— A uno de esos que *atizan*.

— ¿A un crítico? ¡Qué ha hecho usted!

— Ya que *atiza*, que *atice* desde su casa y no venga á la ajena echándola de plancheta y con sonrisas malévolas.

— ¿Pero quién es él?

— D. José Echegaray.

De un salto gané la portería, para pedir mil perdones á D. José.

Otra vez me consultó si podía pasar al escenario un tal Vital Aza, porque á él le sonaba el nombre.

— Si ese es un semidiós del teatro, le contesté.

— Como usted me ha dicho que aquí no entre ni Dios.

— Por decir algo. Dios entra en todas partes.

A los pocos días me dice el portero. «Acabo de dejar entrar en el escenario al Supremo.»

— ¿A Dios?

— Punto menos que Él, pero puntito muy corto.

— ¿De quién se trata?

— Del maestro Caballero.

— ¡Gracias á Dios que una vez al menos anduvo usted discreto!

Los escenarios de los teatros por horas estarán siempre llenos de gente que estorba, por culpa de los

porteros en quienes no reside la condición difícil apuntada por el gran filósofo.

RAFAEL M.^a LIERN





ESPEJO
DE
DUEÑAS

(RECUERDO DE HACE DOS SIGLOS)

I

Con el manto de anascote
cubierto medio semblante
y dejando el otro medio
entre si sale ó no sale;

El talle todo corcobas,
la nariz toda humedades
y la boca vuelta yermo
de un diente disciplinante;

Con los ojos medio ocultos
detrás de ahumados cristales;
por lo de sin carne viernes
y por lo de aciaga martes;

Sentada cabe la reja
la dueña doña González
las cuentas de su rosario
pasando estaba una tarde.

Y como son en las dueñas
hasta los rezos maldades
y al diablo encienden dos cirios
cuando ponen uno al ángel,

Como á golpe de conjuro
se vió asomar por la calle
de un embozado mancebo
el noble y gentil talante.

II

—¿Qué buscáis aquí á esta hora?
—Que calméis mis ansias, madre,

y que el fuego en que me abraso
templéis si podéis templarle.

—¿Qué es lo que de mí pretende
el Hidalgo?

—Cosa fácil:
que vos os deís á partido
ya que ella no quiere darse.

—Mi sá Inés es casta y pura.
—Eso me empeña en el lance,
que el asedio da más gloria
si es la plaza inexpugnable.

—Ella no os ama.
—Con eso

no será su dolor grande
si alguna vez á olvidarla
el destino me forzase.

—¿Es decir que estáis resuelto?
—A todo.

—Réparad antes
que puso de Inés la honra
bajo mi amparo su padre.

—Por eso encuentro que deben
vuestras virtudes premiarse.
Mirad si en este bolsillo
hay recompensa bastante.

—¿Y qué he de hacer?

—Poca cosa:

la casa tiene una llave,
hacedla pesar en oro

y se os dará lo que vale.

Después de quedar callados
por unos breves instantes,
entre el galán y la dueña
se cruzaron estas frases.

Mas importaba en tal modo
á uno y otro recatarse,
que lo que allí se dijeron
no pudo escucharlo nadie.

Sólo se vió que á la postre
con dedos, que por rampantes
pudieran causar envidia
á neblías y alcotanes,

La dueña siendo la bolsa,
mucho menos que ella frágil,
murmuró mientras sacaba
por entre el manto una llave:

—Ya lo sabéis, esta noche
á las diez: no vengáis antes,
y no temáis hacer ruido
que tengo el sueño envidiable.

III

Aún del galán las pisadas
resonaban en la calle
cuando la dueña de un hombro
sintió una mano posarse.

—¡Señor! murmuró turbada.
—Levantad doña González,
que vuestra adhesión aprecio
y estimo vuestras lealtades.

—¿Escuchastéis?
—Nada he oído;
pero adivino el alcance
de un daño, á que vos sin duda
remedio en vano buscastéis.

Y comprendiendo la dueña
que aquel viejo venerable
no era capaz, por honrado
de ver traiciones en nadie,

Plegando la enjuta boca
en sonrisa repugnante
gruñó para sus adentros;

—¡Hay negocio por dos partes!

Lo que el señor y la dueña
hablaron aquella tarde
no hay testigo que lo cuente
ni papel que lo relate.

Pero es fama que la vieja
yendo á su cuarto á encerrarse
para rezar de rosario
no sé si cinco ó seis partes,

Acariciando el bolsillo
que sonó momentos antes,
gruñó como aquel que quiere
con sí mismo congraciarse:

—Yo cumplí como debía
si bien las cosas no salen
Dios nos ilumine á todos
que buena falta nos hace.

IV

Del fin de aquella aventura
tan sólo la villa sabe
que la ronda aquella noche
halló un muerto en cierta calle.

Por mozo y noble le daban
su apuesto y gentil talante,
y sus heridas decían
que no fué á traición el lance.

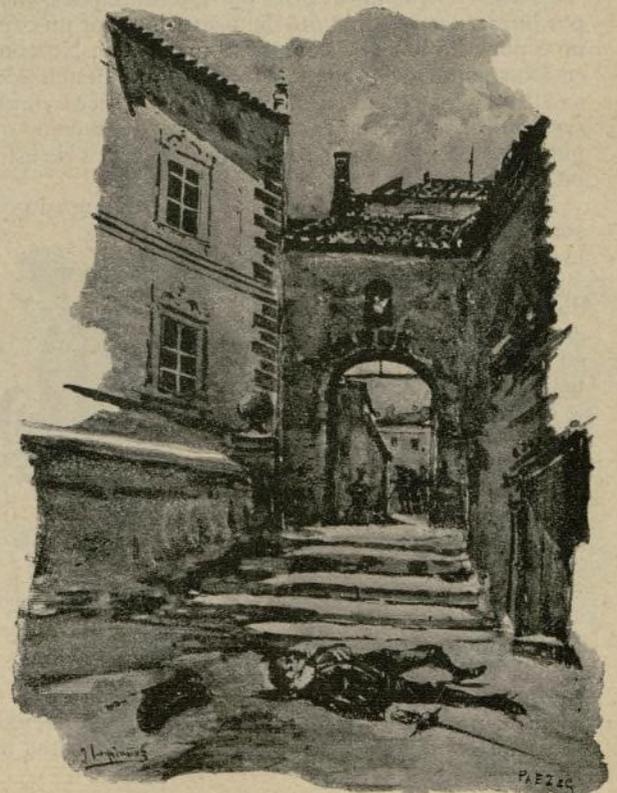
Por lo demás, no merece
tanta atención un cadáver
cuando no hay noche en la corte
que sin un par de ellos pase.

Quedó el suceso en las sombras
nadie de él volvió á ocuparse,
que al fin y al cabo es muy justo
que quien hizo el mal lo pague.

Sólo en apartada estancia
aún la espada tinta en sangre
así á una dueña decía
un anciano con voz grave:

—Por vos, limpio mi honor queda;
Dios vuestras virtudes pague
y mal haya quien de dueñas
con pocos respetos hable.

ANGEL R. CHAVES



EL ÚLTIMO CARTUCHO

El teatro de Tal estaba todas las noches casi desierto durante las cuatro secciones, por más que el director de escena cambiaba á menudo las obras, dando vueltas y más vueltas al repertorio de los autores más nombrados, anunciaba en los carteles, casi á diario, el *debut* de algún artista querido del público, y atestaba con reclamos las columnas de los periódicos. Como si nada. El respetable público se hacía el sordo. Los palcos se hallaban totalmente vacíos; algunas filas de butacas ocupadas... por amigos de la empresa y de los actores, y en las galerías la *claque*, entre bostezos y cabezadas, de vez en cuando aplaudía tímidamente. Aquello más que un teatro parecía un cementerio.

Si triste era el aspecto que ofrecía la platea, no lo era menos el que entre bastidores se presentaba á los ojos de las poquísimas personas que allí concurrían. De mala gana trabajaban los cómicos y de peor humor les secundaban los tramoyistas, maquinistas, carpinteros, peluquero, guardarropa, mueblista y, en fin, toda esa numerosa prole que ayuda al mayor esplendor de las obras representadas. Y es natural que todos anduvieran mohinos y lacios, puesto que todos veían alejarse poco á poco la nómina, hasta desaparecer totalmente.

El negocio aquel caminaba derecho á la bancarrota. Hubo una noche que recontaron en contaduría cincuenta y dos pesetas de ingreso y había un presupuesto de mil quinientas de gasto diario!

A la noche siguiente llegó un autor (aplaudido por obra y gracia del Espíritu Santo), el cual autor, después de hablar largo rato con el empresario, le entregó una obra, á condición de que habían de pintar tres decoraciones y de hacer no pocos y nada baratos trajes.

La respuesta del empresario fué afirmativa. Aquella misma noche apareció en la tablilla de ensayos la lectura de la tal obra, á la cual lectura debía asistir toda la compañía. Verificóse aquélla, llevaron

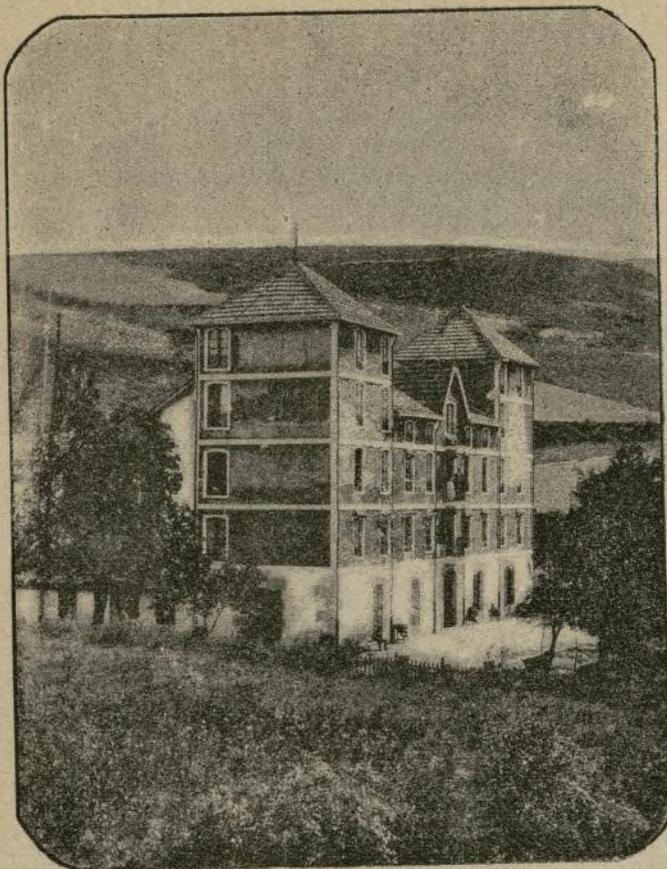
los ensayos á toda prisa, hicieron los trajes, pintaron las decoraciones y, por fin, anunciaron el estreno con letras muy grandes y de color distinto á todas las restantes del cartel, como dando mucha importancia á aquella obra; y en verdad la tenía, puesto que de aplaudirse continuaban todos en sus puestos y co-



LA CHICA DEL PRINCIPAL

brando, así como en el caso contrario la decoración cambiaba por completo y podía cada cual liar el patale donde mejor le pareciese.

El reclamo de las letras grandes surtió efecto, y acudió numeroso público á presenciar la representación. ¡Qué aspecto tan distinto presentaba el teatro!



BAÑOS DE CUCHO. — VISTA GENERAL DEL ESTABLECIMIENTO

Todos los palcos y butacas ocupados, como asimismo los anfiteatros y galerías. El *rum rum* de las conversaciones de unos y otros, la respiración de tantos centenares de personas, los distintos olores que cada uno llevaba y el humo de tabaco que salía de los pasillos iban enranciando el aire, poco á poco, hasta formar una atmósfera sólida, densa á irrespirable. A todo esto el tiempo transcurría sin que levantaran el telón y la gente comenzaba á impacientarse, demostrando su impaciencia con sendos bastonazos en el suelo, que eran sofocados por los aplausos de la *claque*; y vuelta á los golpes y vuelta á las palmadas. Por fin se iluminaron las candilejas, el director de orquesta empuñó la batuta y se escaparon de todas las bocas sonidos inarticulados y palabras diversas que produjeron un ronco murmullo semejante al ruido del oleaje.

Tras el cual murmullo reinó el silencio, tocaron la sinfonía, y, acabada ésta, levantaron el telón. La espectación era grandísima.

No he de seguir paso á paso el curso de la representación, pues sería tarea demasiado larga. Lo que sí he de hacer, es presentar á ustedes á un espectador de la cuarta fila de butacas, por ser el que inició el *pateo* en la memorable noche que nos ocupa. Era el tal espectador bajo y nada grueso, con unos ojos muy pequeños y vivos, así como todo su cuerpo, y con una barbucha lacia, de la que se tiraba muy á menudo, no sé si por impaciencia ó por enseñar una sortija de brillantes y rubíes, que llevaba en el meñique de la mano izquierda. El hombrecillo aquel era una pólvora y tenía la lengua de víbora. ¡Válgame Dios!

y cómo gesticulaba el condenado, y se movía en su asiento, y ponía al autor cual digan dueñas: todo esto siempre al compás de sus bastonazos, á los que siguió los de una escasa parte del público.

La que allí se armó no es para contada; la *claque* aplaudía á rabiarse é insultaba al público, éste devolvía á aquélla los insultos y bastoneaba que era una delicia; nadie se enteraba de lo que en el escenario ocurría; unos hablaban de palco á palco, otros se ponían el sombrero dando la espalda á la escena; aquél silbaba como un energúmeno, el de más allá relinchaba como un caballo; no se oía más que una gritería terrible; el estruendo era grandísimo, la batalla reñida y despiadada la sentencia.

En el escenario todos andaban mustios y tristes; trabajaban de pésima gana, pues veían seguro el trueno de la empresa. Nadie cobraría un cuarto y todos se quedarían en la calle.

Por fin cayó el telón entre una tempestad de silbidos, aplausos, gritos, bastonazos, patadas, protestas, amenazas y todos los recursos de que el siempre respetable y nunca bastante alabado público se vale para juzgar las obras, desde el olimpo de su alteza, como juez inapelable que es.

Resumen: la obra era mala, cierto; el público demostró una vez más su... educación, cerraron el teatro al día siguiente, ciento y pico de familias se quedaron poco menos que á pedir limosna... Pero ¿qué tiene que ver el arte con estos sentimentalismos cursis? El arte es grande, es immaculado y hay que mantenerle limpio de toda obra mala.

Con otra forma de protesta podía llegarse al mismo fin; pero nada, tirarle piedras al director de orquesta y disparar pistoletazos á los actores... ¡el ideal de la perfección!

¡Ah!... ¡cuánto gozó aquella noche el mozalvete de la barbucha lacia y la sortija de brillantes y rubíes en el meñique de la mano izquierda!

FEDERICO DE SANCHO



DON EDUARDO BRAVO
Médico director de los baños de Cucho.

LA MUJER DE TAPIOCA

DOÑA Irene, consorte de Juan Tapioca, á juzgar por las trazas estaba loca desde un parto que tuvo, mal ensayado, en Alcalá de Henares el mes pasado.

El infeliz Tapioca, días y días aguantó sus locuras y sus manías, siendo (y á fe que el serlo no le desdora), víctima del estado de su señora.

Esta dió en la manía disparatada de vivir de avechuchos acompañada, y adquirió una cotorra, seis pececillos, una cabra, dos perros y quince grillos.

Les compraba alimentos en buenas lonjas, les lavaba ella misma con sus esponjas, á comer en su mesa les dió derecho y de noche partían con ella el lecho,

llegando las locuras á extremos tales, que á la vez que cuidaba los animales tenía en su jaula, siempre metido,

al pobre calzonazos de su marido, y delante de gente la mentecata le decía: — «Juanito, saca la pata, y para que te vean estos señores, báñate en el barreño de tus mayores, pega unos cuantos brincos en cuanto acabes y da las buenas noches como tú sabes.» Y por fuerza tenía que obedecerla si tranquila y alegre quería verla.

¡Cuánto sufrió Juanito tan sólo para evitar que su Irene se malograra! Mas cierto día el sabio doctor Tolosa dijo á don Juan: — «Amigo, lo que es tu esposa no padece locura, como te han dicho, y te tiene enjaulado por un capricho.» Lo mismo le dijeron otros doctores, y una vez convencido de sus errores, destruyó de la jaula todos los hierros, la emprendió á garrotazos con los dos perros,

se cansó de tamañas ridiculeces, arrojó á la basura grillos y peces, se comió la cotorra con arroz seco, de la piel de la cabra se hizo un chaleco, la pegó cuatro azotes á doña Irene, la metió en un ropero, y allí la tiene presa de un sobresalto morrocotudo y haciéndola que duerma sobre un felpudo.

Lector: si estás casado completamente, de Tapioca el recurso ten muy presente. ¿Que ves que tu señora se escurre un día? Pues métela en cintura con energía, y antes que por capricho se finja loca, guárdala en un ropero como Tapioca.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

LA ACADEMIA DE LA LENGUA...



LIMPIA



FIJA



Y DA ESPLENDOR

CONSEJOS ÚTILES

POR pura galantería me pide usted la opinión que tengo de Rosalía, y ahí va la contestación.

Desde luego la diré que canta mejor que cuatro y que le aconsejo á usted que la dedique al teatro.

Tiene buenas condiciones y será tiple ligera... y conseguirá ovaciones y hará bonita carrera.

Y si admite usted un consejo se le voy á usted á dar, fidelísimo reflejo de mi modo de pensar.

Cuando vaya á contratarse debe ser muy expresiva y no debe incomodarse y no debe ser esquiva.

Aceptar lo que la den y aplaudir en general... Por delante hablar muy bien; por detrás hablar muy mal.

Meterse en algún corrillo, saber todo lo que pasa y conocer al dedillo los secretos de la casa.

Y si hay alguna lectura decir que la pieza está dialogada con frescura y de fijo gustará.

Es además conveniente, por no decir necesario, que delante de la gente le tutee al empresario.

Que intente ser la primera y tenga amabilidad y maneje la tijera con mucha oportunidad...

Y siguiendo estas lecciones conseguirá Rosalía envidiables proporciones y subir de día en día.

No esté pues preocupada por los éxitos ajenos... ¡Para ser tiple afamada el talento es lo de menos!

CARLOS SOLER

FIRMAS NUEVAS

¡FIAT!

CUANDO Dios quiso crear este mundo que habitamos esos astros que admiramos ese cielo, y ese mar...

Inspiróse en los arcanos de su divino talento para forjar un portento digno de sus regias manos;

Elegió un trozo de suelo matizado de jazmines y rosas, de los jardines más bien cuidados del cielo.

Puso rojos naranjales en sus floridas campiñas puso arroyuelos y viñas con mil árboles frutales...

Con mantos de los querubes y con cendales de tul formó una bóveda azul manchada de blancas nubes, y siempre marchando en pos de su proyecto gigante hizo el sol, ese diamante de la corona de Dios...

Entre rosado celaje surgió el disco incandescente alumbrando sonriente la hermosura del paisaje, y Dios mirando la extraña belleza que fabricó, la bendijo... sonrió ¡aquella tierra era España!

ANTONIO TEIXEIRA

CANTARES

Solito en la cárcel llorando me digo: ¡qué mentira es todo, fortuna, placeres, mujeres y amigos.

Vendistes tus trenzas de oro por socorrer á tu madre y hoy que una limosna pides te contestan: ¡Dios te ampare!

De tus labios, morenilla penden mi desdicha ó suerte, si dices que sí: la vida, si dices que no: la muerte.

JOSÉ DOZ DE LA ROSA



EL NOVICIO

Á ENRIQUE L. MARÍN

El gótico convento envuelto entre los pliegues de la sombra, destacaba sus perfiles esbeltos, sobre lo más escarpado de la sierra, irguiéndose en aquella altura como fortaleza inexpugnable de la conciencia de aquellos sencillos habitantes del valle que se recostaba sobre la amplia falda de la montaña.

En el augusto silencio de la noche, se percibían los graves acordes del órgano difuminados por la lejanía.

El profeta cantaba.

Aquella música saturada de incienso, perfumaba el ambiente. Era el acento de la plegaria que escapándose del pecho de los hombres llegaba vivificado por la fe á las inmarcesibles alturas, donde los ángeles cantan y bendicen el nombre de Dios.

En el interior del templo, la luz de las lámparas quebrándose sobre las molduras y envolviendo entre sombras á las imágenes colocadas en las hornacinas, dábanle un aspecto y un matiz profundamente cristiano, consolidado por las preces que la comunidad, con el alma de rodillas y el pensamiento erguido en la creencia, elevaba á Dios, que aparecía entre nubes de rosa y grana.

Terminaron los Salmos y el día sonrió en las altas vidrieras del templo; guardó el órgano sus evangélicos acentos, se alejó silenciosa la comunidad, perdiéndose en lo infinito de los claustros, cuando ya la

mañana brindaba sus caricias con un día espléndido en los que el sol deja flotante su cabellera de oro.

A lo largo del claustro, y hundidas en la sombra, están las celdas de los novicios, que después del *año de prueba* han de pronunciar ante el ara los votos que les ha de entregar en brazos de la cruz.

La celda núm. 4, es una pieza pequeña, amueblada con pobreza, como para desterrar de la imaginación del novicio las últimas trincheras de la vanidad.

Arrodillado y con el pensamiento sumergido en océanos de luz, con el tosco sayal ceñido al cuerpo por grueso cordón de cáñamo está un joven.

Adivínase en su semblante las huellas de una vida pasional, y su esbelta figura, pregona al hombre galante.

Esa gran válvula del sentimiento, el corazón, que ha llenado la página de la humanidad con los grandes amores de Cleópatra, Saffo, Lucrecia, Desdémona, Eugenia y tantas otras, que ha adoptado todas las formas, desde el impuro y corrompido amor de Roma licenciosa, hasta los grandes histerismos, que se llaman éxtasis, no podía dejar de haber inquerido su candente marea en el corazón del novicio.

Alfredo, que así se llamaba, también había amado con todos los pronunciamientos de un temperamento meridional y con las energías de un corazón apasionado.

Llegó un día, después de los idilios de un amor naciente, en que su novia enfermó de gravedad.

Sin separarse un instante de su cabecera, retenido en sus miradas, viviendo en sus suspiros, engrandeció su amor con las negras tintas de la desesperación.

En aquellos supremos instantes, la patria lo necesitó y tuvo que partir para incorporarse á las filas en aquella guerra civil tan fratricida, que cubrió á España de negros crespones.

Allí, en el campo de batalla, cuando lo enardecedor de la pólvora, embargaba los corazones, él con las ansias que el peregrino busca el oasis en el corazón del desierto, demandaba la muerte.

La guerra terminó, Alfredo, que desde la salida del pueblo no había tenido noticias de ella, creyéndola muerta, y juzgando que ya en la vida, la felicidad le desamparaba, refrescó sus creencias y las oraciones que su madre le enseñó al pié de la cuna, besó el escapulario que su amada le puso al cuello para que el enemigo respetara aquel pecho amante, y fortificado en su fe, llegó á pedir hospitalario asilo en un convento, una noche en que el rayo brillaba en el zenit y el huracán se revolvía imponente contra las talladas puertas del templo.

En los sillones labrados en nogal, que circundaban el coro, fueron tomando asiento gravemente todos los frailes.

La ceremonia de la profesión de Alfredo se iba á verificar.

A la amortiguada voz de las campanas, y recortados por la penumbra, destacábanse los bultos de los fieles.

El órgano lanzó sus reposadas notas, rasgando el silencio de la ancha nave.

Una mujer hermosa, á través del amarillo velo de su cara, en la que se adivinaba las inequívocas señales de una larga convalecencia, daba el brazo á una anciana. Llegaron á la grada del altar mayor y oraron largo rato.

En aquel momento se oyó un grito espantoso y el peso de un cuerpo que había caído desplomado.

Alfredo había reconocido en la somnolencia á su amada.

Pero ya era tarde.

El *Miserere mei domine* de los salmistas había zumbado en sus oídos con horrible sarcasmo.

Luis GABALDON

LAS DIVERSIONES

PRINCIPE ALFONSO

A suerte de *El Aquelarre*, estrenado últimamente, ha sido aciaga.

No sé si debo creer que Sinesio es desgraciado en el teatro, pero sí se puede asegurar que todo lo suyo está admirablemente escrito, aunque yo me permita suponerle más poeta que autor.



El Aquelarre debe estar muy bien hecho; lo supongo, no lo sé, porque no pudimos oír una palabra.

Esto que viene ocurriendo en los estrenos es verdaderamente horrible, y yo, el último de los revisteros teatrales, protesto con todas las energías de mi alma, no para que me escuchen, sino para quedarme tranquilo.

Porque, señor mío, ¿cómo se puede saber que una obra que se estrena merece la censura del *inapelable juez* cuando no la dejan oír?...

Y esto ocurrió con *El Aquelarre*.

El público llevaba *mal vino*, y desde la segunda escena... ¡aquello fué un delirio!

¿Por qué?

Al final podría haberle dicho el público al autor:— «Amigo mío, se ha equivocado usted.» Sí se había equivocado, pero ¿en la segunda escena?... ¡Adiós profetas!...

Siento no disponer de mayor espacio para dar á ustedes una conferencia sobre el asunto; pero conste, sin embargo, que el *sistema de presenciar* estrenos de ahora se da de bofetadas con el buen gusto.

Había caballero la otra noche que quería linchar á los autores, ni más ni menos que si se hubiera tratado de dos anarquistas locos.

Y cuenta que el aludido estaría pensando probablemente:—«¿Qué querrá decir esto de *Aquelarre*?...»

El público sensato no siempre se puede imponer.

APOLO

Con las obras... *de siempre* ha dado principio á su campaña este elegante teatro.

Obras y actores son harto conocidos del público, para que necesitemos insistir nosotros en lo de que fueron aplaudidos, etc., etc.

Dos novedades hay, sin embargo, que hacer presentes á nuestros lectores.

El debut del simpático Pepe Riquelme y el cuadro nuevo del *Plato del día*.

Aqué!, muy bien; cada día vale más; éste, ingenioso.

¡Ah! Y gracias, en nombre de López Marín, por aquello de *Los africanistas*.

ESLAVA

Espléndido, hermoso.

Mucha luz, comodidades, un público escogido, mujeres hermosas, compañía de primer orden, lleno completo.

¿Qué más quieres, Eduardo?

¡Ole las artistas hermosas!

Este grito me sale de aquí. (Señalo al corazón.)

Pinedo, cantando como los ángeles.

Las Srtas. Fuertes, Brú y García... como Pinedo.

Yo no había oído cantar *La czarina*, esa perlita de Estremera y Chapí, hasta anoche.

Todos muy bien; mi sincera enhorabuena á todos.

ROMEA

¡Bien por *Romeita*!

A sus grandes reformas, tiene que agregar este año, una lista de compañía completa.

¡Loreto Prado! obtuvo en su primera salida á escena una ovación que duró cinco minutos.

¡Qué mona estaba con el traje de luces del *Caramelo*!
¡Chóquese usted, hija mía!

Las obras, bien puestas en escena, bien ensayadas, bien repartidas y bien bailadas. A estrenar pronto y... ¡felicidades!

CIRCO PARISH

Los aficionados al *Arte de la Pista*, habrán gozado mucho en la reapertura de este Circo.

La compañía es inmejorable.

Tiene de todo y todo bueno.

Los que se privaban, como yo, de ir al circo de Colón, por no aburrirse, pasarán horas muy agradables en el de la Plaza del Rey.

William Parish maneja estos asuntos como nadie.

* * *

¡Vaya un 1.º de mes aprovechadito!
No se quejarán ustedes.

Tinieblas.

BUZÓN DE ALCANCE

R. B. P.—Zaragoza.—No se meta usted en filosofías de esas.
S. de la P.—Madrid.—Muy bonito, entra en turno.

T. G.—Idem.—Los AZAHARES de la vida se escriben sin esa *h* y además hay que tener cuidado de no rozarse con los versos de Campoamor ¿Eh?

L. G. R.—Idem.—¡Vamos! se va arreglando eso. Entra en turno, si señor.

C. Nicero.—No está mal, pero... ¡se han dicho tantas cosas de esas!

Pérez.—San Ildefonso.—No me hace muy feliz, envíeme otro... ¡que tenga puntal

El Chico de las de Pérez.—Bueno, Gracias.

V. E.—Madrid.—Es muy largo.

Antolin Kap.—No está mal. Entra en turno, pero ¡ay!... ¡van entrando tantas!

Fray Carrulla.—Digo, exactamente lo mismo.

R. d'M.—Valladolid.—Idem íd.

Dudo.—Santander.—Igual. ¡Así da gusto!

A. T. P.—Zaragoza.—Digo otro tanto. ¡Qué felicidad de muchachos!...

El Bachiller.—Río Tinto.—No señor. Una *sonrisa* así, no tiene nada de hechicera.

Un hortera, pero bueno.—¡Quiá! *Prueve* usted á hacerlo con más ortografía.

¡*Cáspita!*—No. «*Para LOS APUNTES*» no son; créalo usted ¿Qué por qué? ¡Anda demonio! Por una porción de cosas.

Saturno.—No envíe usted la firma por ahora.

J. R. G.—Villafranca de M. de Oca.—Recibí su carta. Le agradeceríamos que fuese *todo* inédito. Siempre á sus órdenes.

E. H. A.—Madrid.—Un consejo leal. Antes de dar *lecciones de esgrima*, tómelas usted de versificación.

L. G. A.—Palencia.—Vea usted la nota final del núm. 7.

A. V.—Madrid.

Betis.—Sevilla.

Cortinilla.

Un trovador.

Dudo.—Santander.—Recibí copias. Creo haberle dicho que en *Firmas nuevas* no se publica nada con pseudónimo. Usted verá qué se hace.

Bulio Vedo.—Puesto que ha tomado usted en serio la poesía, haga usted con la ortografía otro tanto y no escriba usted *horgulloso* de ese modo.

L. L.—Madrid.—Está fuera de oportunidad, sobre ser inocente como él solo.

Amaca.—Salamanca.—*Sobre todo...* hay que medir los renglones para que sean versos.

A. W. M.—Madrid.—Ese caballero es ajeno á esta publicación. Se archivó el soneto. La *improvisación* es muy larga.

J. A.—Idem.—Está bien. Recibirá usted el periódico; pero ¿á dónde lo envió?

A. de H.—Recibido. Entra en turno.

E. M. H.—¡Hombre!... ¿qué no se habrá dicho ya de eso en el mundo?

J. L. y P.—Cuenca.—¡Valor se necesita para llamar á eso *Poesías verdaderas!* Usted no ha leído versos nunca... ¿Verdad que no?

J. N. M.—Madrid.—Muy bonitos. Se publicarán; sí, señor.

Un palentino.—No están mal hechos, pero ¡por Dios!... si eso está repetido hasta la saciedad.

P. A.—Utrera.—Digo lo mismo.

L. G. C.—Idem.—Pues ídem.

M. P. M.—Idem.—Demasiados serios unos. La *cuestión de formas* está descuidada de forma.

J. R. G.—Se publicará.

RIOJA

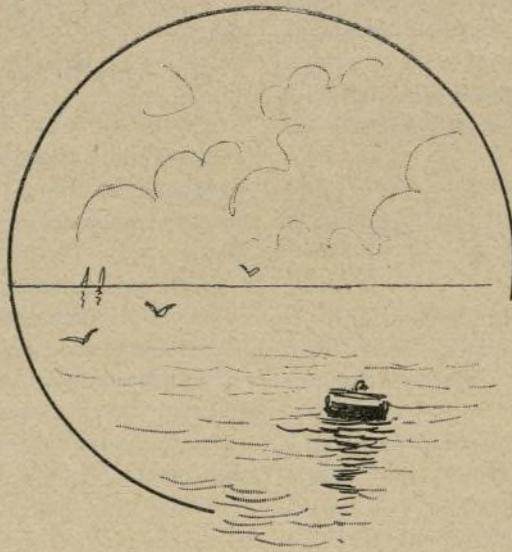
Soluciones del número 8.

A LA CHARADA, PARTIDOS.
AL JEROGLÍFICO, EL LOCO DE LA GUARDILLA.

JEROGLÍFICO

FRASE HECHA

FRASE HECHA



Solución: el título de una obra muy aplaudida.

matinées, soirées y bailes, en el teatro, aquí, acullá, en tal tiempo, en tal otro... había hecho el cadete tras de la lindísima Consuelito.

¡Y yo que jamás hubiera pensado que las gentes echaran de ver la afición que por la señorita de Almedriz sentía, y tomé por bien disimuladas mis galanterías!

Marieta Palou tenía el alma intrigantruela y alegre de trapisondista *Figaro*; hay naturalezas así, dispuestas, quién sabe por qué y cómo, para las aventuras de amor, ora de protagonistas, bien de partes de por medio... ellas han de estar en el enredo cómico ó dramático de algún amoroso empeño.

Más tarde se defendía diciendo que profesaba á Consuelo un cariño fraternal, que sufría al verla en peligro de eterna doncellez, que... cuántas cosas más dijo sin ser con todo cierta ninguna, pues supe muy bien luego el interés que la guió á tales trabajos de muñidora de casamientos; esperaba el suyo con tales afanes que sólo podía moderarlos andando en bodas ajenas.

No habrían dado las once y media cuando entraba en casa del vicealmirante Rovira, ¡vaya por mi suerte! tío también de Consuelo. Aquel día todo se conjuraba contra mí.

El viejo general asistía á la lección de su hija, una linda moñita, vehementemente artista, cuyas manos parecían dos mariposillas inquietas yendo y viniendo por el teclado con movimiento rapidísimo.

El viejo marino escuchaba alelado y movía la cabeza acompañando las melodías y dejábala como suspendida cuando resonaban aceleradas escalas repicando notas á miles. Y luego que terminaba la lección se daban el padre, la discípula y la maestra un poquito de charla sobre el tema de siempre: «la familia de Consuelo.» También ellos, el vicealmirante y su hija, se ocuparon de mí y de Consuelo, gracias á la manía que de hablar de mí le había entrado á la señorita Palou; más tarde, como he dicho, lo supe todo, y supe que el vicealmirante había dicho con ruda franqueza y dispensándome una benevolencia grande:

blancos, cuellos acartonados y personillas de gomosos, una formidable jamona, dos criados y algunos sujetos más ocuparon el coche, prensándome, á punto tal, que compadecida de mí la señorita Palou me hizo lugar junto á ella y cambié gustoso de sitio, bendiciendo la ocasión que se me ofrecía de hablar con la profesora de Consuelo. ¡Dichosa profesora, que podía verla cuando menos, un día sí y otro no todas las mañanas!... Andaba yo un poco temeroso de perder la cabeza, enamorándome seriamente de la referida niña; ¡y quién sabe! puede que yo diese al cabo, como he dicho, en la peligrosa locura de pedir su mano y de casarme... y, adiós libertad amada. Cosa es esta que puede muy bien llenar de miedo á un capitán de artillería, lo mismo que á cualquier otro mortal.

Cuchicheamos un poco, provocando las miradas curiosas, y no sé si decir fieras, del señor cura francés, que nos observaba, sin duda porque en su idioma manteníamos nuestro diálogo Marieta y yo. Marieta me arrancó una confesión que no tuve la habilidad de reprimir.

La dije dónde y cuándo había conocido á Consuelo; en el Real, en el palco de la Vizcondesa de Valle Rocío; me pareció desde un principio una muchacha tímida, sensible y buena; esto dije, por no confesar que me había enamorado ciegamente de su cuerpillo gentil, de sus rubios cabellos rizosos apiñando sortijillas lindísimas en un peinado elegante, de sus grandes ojos negros, en los que se revelaban esa ignorancia de niña, ese asombro de muchacha, esa coquetería de mujer, esa ingenuidad, esa luz, ese no sé qué de las doncellas, que yo llamaría la timidez virginal, dulce y difusa promesa de amor.

—¡Ah, pero el Sr. de Almedriz es cada día más original! me decía la señorita Palou mostrando las aficiones que toda maestra á domicilio suele tener de hablar de las cosas y de las gentes que guardan alguna relación con sus discípulas. Muy original... se empeña en que Antonina no cante sino música religiosa y en que Consuelo deje el piano por el armonium, odia al profano Power



y con él á Chopin y á todos los maestros que no lo hayan sido de algún coro catedral ó de alguna capilla. Y á la verdad, me parece que Consuelito tiene otras aficiones; no ha nacido para un convento la muchacha... ¿Verdad, señor capitán?

— ¡Verdad, señor capitán! Y qué sabía yo. Yaya una atrevida malicia la de la señorita Palou; sin duda estaría ella al tanto y cuenta de las mal disimuladas tonterías, flechaduras de los gemelos en el teatro, asidua asistencia á la iglesia á la cual Consuelo tenía costumbre de ir... y otra porción de niñerías impropias de un hombre de mi edad (contaba, como ya he dicho, treinta) que yo habia hecho por la niña de Almedriz y las cuales no podía negar.

— Y eso que usted, se atrevió á decir irrespetuosamente la profesora, es duro de pelar. Por supuesto, que no haría usted mala boda, es niña que tiene una dote nada despreciable.

Ya no me pude contener; oír esto un granadino, rondador romancesco, amante, idealista y caballeroso, es mucho oír para que sea escuchado en silencio y sin réplicas.

— Señorita Palou, si yo me hubiera casado con esa niña, no hubiera sido seguramente pensando en otro interés que en el de amarla y ser amado por ella, y puede ser muy bien que lo que más me retraiga de solicitarla sea su fortuna.

Cuando bajó del tranvía la señorita Palou, habia oído cuanto era menester que oyese; tomarme á mí por un logrero de bodas á la musiquilla del dinero... bien podía comprender su error con sólo mirar la petulancia caballerisca con que sabia yo retorcer las guías de mis bigotes y la soberbia que ponía en mis ojos.

Yo seguí en el tranvía acariciando con la imaginación el dulce y gracioso recuerdo de la señorita de Almedriz... y no del todo disgustado, á la verdad, con la idea de aquella dote. Unos cuantos miles de duros, qué diablo, no eran una miguita de pan, y hasta podría aceptar novia tan bien dotada quien sin dote la hubiera recibido... á no tener un miedo tan profundo é irremediable al matrimonio.

Pero la señorita Palou iba poniendo en juego su ingenio, guiada por un placer inexplicable en hacer daño, tal vez gozosa ante la idea de vengarse de mi persona y de mis bruscos enojos; todo cuanto hizo aquel día aquel diablillo con faldas lo supo después cuando ya era tarde para defenderme de su maquiavelismo.

Bajó del tranvía ante el chalet de los Marqueses de Irroguiza, la vi traspasar la puerta de la gran verja y seguir con menudito paso por entre la senda de boj y los enanos del jardín y subir á saltitos la escalinata.

— ¡Yaya una horita de venir—la dijo la joven Marquesa,—buena amiga mía, por cierto, y muy estimada por mí.

— ¿A que no sabe usted á quién acabo de dejar ahora mismo en el tranvía?—replicó por toda contestación la profesora catalana:—pues á Gabriel, añadió, como si dijera una gran cosa. Luego, entre preludios y ejercicios, molines de pereza de la disciplina, amagos de preparaciones de la maestra, risitas, dicharachos, escalas atronadoras, cargajadas no menos ruidosas, nivals de Strans, un trozo clásico, un jugueteo de pianistas vira-rachas, como pajarrillo que pica, gorgaja, salta, como un granito de alpiste, torna á los brinquitos, canta, da un vuelco y no hace cosa con juicio, aquellas dos picoteras... ¡quién habia de pensar-lo! fraguaron contra mí una conjuración.

La Marquesa, la tía de Consuelo, estaba celosa, miren que puerilidad, de otra buena señora, tía también de la muchacha, ¿y todo, por qué? pues porque ésta habia sido la madrina de bautizo de Consuelo y la Marquesa aspiraba á serlo de sus bodas.

— Yaya, al hombre se le conoce, está enamorado. El hombre era yo, y la que esto decia la muy entrometida casamentera, la señorita Palou.

A la hora salió ésta de casa de la Marquesa, riéndose cual debe hacerlo el diablo después de enredar alguna de sus enmarañadas trampas y de sus malignas tretas; contenta al saber, por la Marquesa, que yo, en San Sebastián, en Biarritz, en los pocos